

1898
TAN

2 Octubre 1898

Copied

EZEQUIEL

Ó LA FORTALEZA DE DIOS,

ÚNICO REMEDIO

PARA LOS MALES QUE AFLIGEN A NUESTRA PATRIA

POR EL

Ilmo. Sr. Obispo de Lérica.



LERIDA

Imprenta de T. Susany, sucesor de J. Pla.

1898.

604
PPLA. 1/0023

EZEQUIEL

Ó LA FORTALEZA DE DIOS,

ÚNICO REMEDIO

PARA LOS MALES QUE AFLIGEN A NUESTRA PATRIA

POR EL

Ilmo. Sr. Obispo de Lérica.

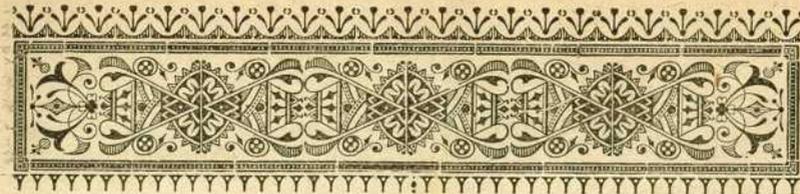


LÉRIDA

Imprenta de F. Susany, sucesor de F. Pla.

1898.

Esta Carta Pastoral se leerá á los fieles en la Misa del domingo 30 del corriente ó en la festividad de Todos los Santos, repartiéndose en la forma acostumbrada, exhortando á todos á hacer sufragios por los fieles difuntos.



Nos **Dr. D. José Meseguer y Costa**, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Hérída, etc., etc.

Al venerable Dean y Cabildo de nuestra S. I. Catedral, Clero, Religiosos y fieles del Obispado, resignacion y consuelo en N. S. J.

Vaticinare de ossibus istis et dices eis: ossa arida audite verbum Domini. Ezech. XXXVII. 4.

Profetiza acerca de estos huesos, y les dirás: huesos aridos, oid las palabras del Señor.

EL fúnebre clamor de los sagrados bronce, V. H. y A. H., nos anuncia el dolor inmenso de una madre, que llora la pérdida de innumerables hijos. España en el día de difuntos! Nunca se nos habia ocurrido dirigiros nuestra humilde voz en tan triste día, porque si bien todos hemos llorado la muerte de un ser querido, jamás nos hemos visto en el caso de enlutar nuestro corazón por un duelo nacional, como al presente se ve nuestra amada Patria.

Al oír las campanas que llaman al templo, parécenos oír la imponente voz de Ezequiel, Profeta de tan grandes alientos como terribles vaticinios, que nos refiere con sencillez magestuosa, aquel suceso lleno de misterios, en que la virtud de Dios se hizo sentir sobre él, y le sacó fuera en espíritu del Señor, y le puso en medio de un campo que estaba

lleno de huesos, é hizole dar una vuelta al rededor de ellos: estaban en grandísimo número tendidos sobre la superficie del campo y secos en extremo. Dijole, pues el Señor: «Hijo de hombre, ¿crees tu acaso que estos huesos vuelvan á tener vida? Oh Señor Dios, dice el Profeta, tu lo sabes. Entonces me dijo El: Profetiza acerca de estos huesos, y les dirás: Huesos aridos, oid las palabras del Señor: esto dice el Señor Dios á estos huesos: he aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu y vivireis.»

España, despues de las guerras aun no terminadas de sus colonias ultramarinas, nos parece un inmenso cementerio. Mucho se ha hablado y mucho se ha escrito sobre los sucesos de la guerra, que todos deploramos, pero son tan extrañas las opiniones, tan errados los juicios, y tan descabellados los proyectos que á optimistas y pesimistas sugieren, que juzgamos lo mejor callar, y dejar el resultado en manos de la divina Providencia.

Y nos mueve á obrar así, el desconcierto general de ideas y de sentimientos, que cual la admósfera inficionada en tiempo de peste, parece vela la luz solar con el crespon de la tristeza, ahora todo está como sugestionado por la incertidumbre y por la indiferencia, que oculta con un tupido velo la gravedad de la situacion, en que nuestros pecados nos han colocado. Porque ello es cierto, todos convenimos en que hemos pecado y en que el pecado ha consumido nuestra sustancia, de modo que no nos quedan mas que los huesos. El poderío material de la Nación, en cuyos dominios no se ponía el sol, es hoy una cosa muerta, el espíritu nacional de la patria de sinnúmero de sabios y de santos, no parece sino una emanacion de la podredumbre de un sepulcro. Ah! un monumento recuerda nuestras pasadas glorias en las playas de Cuba: la inmensa fosa do yacen millares de soldados españoles, cobijados por una gran cruz fabricada con astillas de los barcos de guerra: sobre Filipinas parece que se cierne el águila del Apocalipsis, y llueven calamidades al son de las fatídicas trompetas, (1) porque allí todo es sangre, desolacion y muerte, ¡que tristeza!

Aparte de esta espantosa hecatombe, en el camino que trazó Colon, hay sepultados tantos cadáveres, que no cabrian en las naos con que el surcó los mares desconocidos. Y los que llegan á feliz término del viaje de regreso, mas que seres vivos, semejan espectros ambulantes salidos del sepulcro. Vienen aterrizados; la mayor parte han salvado sus vidas á nado, despues de perderlo todo. ¿Y el ejército? ¿y la marina? no sabemos si han sido destruidos por el fuego vengador del cielo, ó por mortíferos proyectiles del enemigo, ó por la tea incendiaria de las desgñadas furias salidas del averno. Por ahora solo hay opiniones, algun dia se sabrá la verdad.

(1) Apoc. VIII. 13.

Entretanto, ¿que hemos de hacer? Rogar por los muertos, y meditar la profecia de Ezequiel, retirándonos á lo íntimo de nuestro corazon, primero para escuchar las palabras del Señor: *Hijo de hombre, ¿crees tu acaso que estos huesos vuelvan á tener vida?* Despues para estudiar la respuesta del Profeta: *Oh Señor Dios! tu lo sabes;* luego para conocer nuestros deberes ante el divino mandato: *Profetiza acerca de estos huesos y les dirás: huesos aridos oid las palabras del Señor,* y finalmente para ver el cumplimiento de las mas alhagüenas promesas, de resurreccion gloriosa: *soplá sobre estos muertos y resuciten.* (1)

Venga sobre nuestra pequñez la *Fuerza de Dios*, que esto significa el nombre de *Ezequiel* (2) para que nos penetremos del espíritu de su profecia, tan adecuada á las circunstancias de nuestra trabajada Patria.

I.

San Jerónimo V. H. y A. H. llama á Ezequiel: «oceanó de las Escrituras y laberinto de los divinos misterios», (3) y San Gregorio Nazianzeno, le tenia por el mayor y más sublime de los profetas; hay mucha analogia entre sus frases y las del Apocalipsis. (4) La primera parte de su profecia mira principalmente «las venganzas que Dios debía hacer sobre la casa de Judá por las armas de Nabucodonosor, la segunda encierra una serie de profecias que descubren los juicios de Dios sobre las naciones extrangeras, y la tercera se dirige á los hijos de Israel á quienes despues de algunas reprehensiones, muestra las promesas de su restablecimiento». (5) Así reúne los dos grandes objetos que ocuparon á Isaias, el Profeta de las esperanzas misericordiosas, y á Jeremias el de las venganzas terribles. De modo que nosotros que si bien conservamos la fe, es como un mueble de lujo, y en realidad estamos perdidos por no tener confianza en las divinas promesas, y por carecer de temor en los terribles castigos de la eterna justicia, debemos reconocer que Ezequiel es nuestro Profeta. Acerquémonos á él y meditemos con él lo que el Altísimo le pregunta.

Esta profecia, segun espositores autorizados, tiene por objeto, «declarar como el Señor, que por su gracia y virtud residia en su templo, despues de sufrir pacientemente la ingratitude, rebeldias, idolatrias y depravacion universal de la nacion, fomentadas por sus falsos doctores y profetas, y sostenidas por

(1) Ezech. XXXVII. 3. 4. 9.
 (2) Ximenez Arias, Lexic. Ecclesiast.
 (3) Comm. in Ezech. L. XIV.
 (4) P. Pardinilla: Literatura Bíblica c. XIV.
 (5) Preface sur Ezequiel, Biblia con disert. de Vence y otros AA.

el mal gobierno de sus caudillos y pastores, habia por último determinado desamparar su templo; y la morada que tenia en su pueblo. Hace conocer el Señor al Profeta esta retirada en diferentes visiones, para dar más en rostro á los judios con su impenitencia, por la cual su Majestad enteramente iba á abandonarlos, y poner en manos de los caldeos, para esparcirlos por todas partes, habiendo determinado hacer arder su templo, allanar su ciudad, matar sus reyes y príncipes, por último raer y borrar en Jerusalem todo rastro de república y de Iglesia: aunque de esta queria que se conservasen algunos residuos, y como una cierta simiente en Babilonia, entre aquellos pocos y desgraciados prisioneros, para que de ella reviviese despues, y renaciese á su tiempo». (1)

No se cuando se nos presenta Dios mas grande, si al mandar á los ángeles buenos que cumplan su ministerio de salud con los mortales, al permitir á los malos que prueben la virtud de sus escogidos, ó al hablar directamente al hijo de un hombre, descubriéndole los secretos que su flaca razon no puede alcanzar. Dejemos á la divina clemencia que disponga de los espíritus buenos y de los malos como le plazca, y fijémonos en lo que hace con nosotros, tomando por ejemplo la pregunta que dirige á su Profeta.

Hijo de hombre, le dice: ¿pero no estaba reservado este calificativo á la segunda persona de la SSma. Trinidad, que habia de venir á redimir al género humano? Nótese que á Ezequiel se le llama: *hijo de hombre* y al Mesias prometido: *Hijo del hombre*. Al profeta no le compete este calificativo mas que como á descendiente de Adan, pero J. C. se lo quiso aplicar, como símbolo de la humillacion á que le sujetaba su caridad infinita (2), como cuando el mismo se llama *gusano y oprobio de los hombres* (3) «Ezequiel contempla á Dios en vision celestial, y es colocado por el espíritu del Señor en medio de un campo lleno de huesos de hombres muertos, secos en extremo. Allí oye una pregunta que encierra nada menos que el dogma de la resurreccion de la carne, y simboliza la vida ó libertad que el Señor dará á su pueblo de Israel y tambien la que obrará despues en los hombres la gracia de J. C.»

Preguntarle pues Dios, *si cree que estos huesos volverán á tener vida*, es presagiar el misterio que enseña al hombre su destino, hacerle vislumbrar la resurreccion de los muertos, ensanchar el corazon humano por una dulce esperanza, es por fin abrirle las puertas de no conocida felicidad. Y esto des-

(1) Comentarios de la Biblia. Edicion de Barcelona 1885. Para no molestar al lector con citas, advertimos que todo lo que vaya entre comillas es de los mismos comentarios, ó de las notas de Scio, y traduccion de Amat.

(2) Rio Adagialia Sacr. Vet. Test.

(3) Psalm. XXI. 7.

pues de demostrarle su impotencia, simbolizada en el polvo de la muerte, y en la aridez de un monton de huesos de hombres muertos, secos en gran manera. «Israel y Judá habian de unirse, el santuario del Señor habia de fijarse en medio de ellos bajo un solo Rey y Pastor por medio de la nueva alianza». El Eterno indicaba disimuladamente que los huesos volverán á la vida, y el sentido de la pregunta era ¿sabes tu alguna virtud, por la que estos huesos secos tornen á vivir? He aquí lo que debemos preguntarnos nosotros al contemplar nuestro esqueleto social: de la solucion de esta pregunta depende nuestra dicha, como veremos al examinar la respuesta.

II.

En verdad que el Profeta contestó con toda la discrecion y tino que podia desearse. Ezequiel era un hombre de profunda erudicion y de un espíritu muy elevado. La fuerza de su discurso no estribaba tanto en fórmulas rebuscadas, cuanto en la grandeza de las ideas tal como Dios se las hacia ver. Por esto ya que el Criador no se desdeñaba de alternar con su criatura, correspondió á esta imponderable fineza contestando con la delicadeza y seguridad propia de quien sabe lo que á Dios se debe. Estas son sus palabras. *Oh Señor Dios, tu lo sabes*. Admirable sentencia que da á Dios lo que le corresponde! Así debe hablar el hombre á su Dios, reconociendo su señorío, humillando la razon, y creyendo con la seguridad que da la conviccion mas profunda: *tu lo sabes*.

Como si dijera: yo no conozco esta virtud, tu solo puedes saber como ha de suceder esto. ¿Lo hacemos así nosotros? No por cierto. Desde que se iniciaron las guerras hemos vivido en la confusion mas lamentable. No nos incumbe exigir responsabilidades á nadie, (1) porque si no cerramos los ojos, y no nos tapamos los oidos, vamos á perder el juicio. Cuanto se ha vertido en la prensa! que derroche de palabras! que escenas en el llamado santuario de las leyes! Unos aplauden, otros reprueban, estos absuelven, aquellos condenan, aquí se murmura, allá se blasfema. Si, tambien se blasfema, porque es tal la ceguera de ciertos hombres empeñados en no ver, que dicen lo que por ningun concepto puede sufrirse.

Y quien tiene la culpa de que estemos tan enmarañados? Sencillamente, la falta está en la poca abnegacion que hay, para sugetarse al verdadero principio de autoridad que estri-

(1) Hemos recibido un folleto *propiciatorio*, «sobre la destruccion de las Escuadras», por D. Pedro Guarro, Capitan de navío, impreso en la seccion tipográfica de la Capitanía General de S. Fernando; dejamos á su autor, la responsabilidad de lo que dice.....

ha en Dios. Como para sugetarse á Dios, hay que humillar la razon soberbia, y mortificar la rebeldía de las pasiones, no se quiere esta humildad ni esta mortificacion, de ahí las ambiciones, y necesariamente las divisiones, peste y ruina inevitable de la sociedad que las consiente. Todo reino dividido, será desolado, (1) ha dicho la Sabiduría eterna, y una dolorosa esperiencia nos muestra la evidencia de esta verdad, en la vida miserable que arrastramos por las divisiones intestinas.

Y así como si se desvia el agua, no se riegan los campos, así tambien desviando la caridad, se agosta la tierra de nuestro corazon, los lazos sociales se disuelven, porque las fórmulas exteriores no sostienen la trabazon interior, y ha de seguirse forzosamente la ruina. Estamos como muertos, nuestra herencia son los huesos secos, podemos decir con Job, que solo nos queda el sepulcro, (2) y lo peor es que no siendo fuertes en nuestra casa, en vano alardeamos vigor fuera de ella. Así se ha visto en la lucha desigual á que hemos sido arrastrados, y que ha consistido en una serie de desastres, que humanamente carecen de explicacion racional y plausible; misterios, incomprensibles misterios, como en todas las tramas urdidas y desarrolladas por la Masonería, que ha decretado la destruccion de la Nacion Católica.

Parece como si Dios nos hubiese abandonado, para castigar el mal uso que hemos hecho de tantos dones como su benéfica mano nos concediera. Teníamos la unidad católica, fundamento de nuestras glorias, base de nuestra prosperidad, y blason que nos envidiaban los pueblos que han sufrido y sufren las consecuencias de la indiferencia religiosa, y esta unidad á pretexto del *gran número* de disidentes, exagerado maliciosamente, se ha perdido, despreciando el clamoreo del pueblo español que no quiere renegar de sus creencias, y no puede vivir de otra manera. Es decir que hemos hecho todo lo contrario de lo que debíamos hacer, y aunque tarde, se comprende la necesidad de hacerlo, y principiar por admitir y reconocer el *señorío* y la *divinidad* del Dios verdadero, adorándolo como á tal y quemando los ídolos á quienes antes dedicábamos el incienso de nuestro afecto.

Solo Dios posee el remedio de nuestros males, solo El sabe si resucitaremos á la vida ó seremos destruidos por la muerte, nosotros hemos de esmerarnos en no conculcar sus legítimos derechos, y portarnos no solo como súbditos fieles sino como hijos cariñosos. Digamos con el Real Profeta: tus manos me hicieron y modelaron (3), y pidámosle que no nos precipite en el abismo de condenacion, como

(1) Math. XII. 25.
 (2) Job. XVII. 1.
 (3) Psal. XVIII. 73.

merecen nuestros pecados particulares y públicos, con los que tantas veces hemos irritado su justicia. Afortunadamente aun se conserva la fe, tibia, es verdad, pero en nuestra mano está reanimarla. Tengamos valor, hagamos el último esfuerzo y seremos salvos.

III.

Si contundente es la declaracion del Profeta, no puede ocultarse la entrañable caridad que encierran las palabras con que Dios termina la revelacion que estudiamos. *Profetiza acerca de estos huesos y les dirás: Huesos aridos oid las palabras del Señor, esto dice el Señor Dios á esos huesos; he aquí que yo infundiré en vosotros, el espíritu y vivireis, y pondré sobre vosotros nervios, y haré que crezcan carnes sobre vosotros, y las cubriré de piel, y os daré espíritu y vivireis, y sabreis que yo soy el Señor.* (1)

Nunca el sagrado texto que siempre dice lo que quiere, fué tan expresivo y tan enfático, como en el momento presente, en que justifica la propiedad del nombre de Ezequiel. Porque es el divino mandato tan soberano, que bien descubre ser necesaria *la fuerza de Dios* para cumplirlo. Ningun hombre es capaz de hacer resucitar á un muerto, si no es con la fuerza de Dios, ó sea participando de su divina Omnipotencia, nadie puede hacer oír las palabras de vida eterna ni á los vivos ni á los muertos.

Fuerza de Dios era España, cuando paseaba por todo el orbe su gloriosa bandera, y sirviendo de heraldo á la propagacion de la fe, cooperaba á los inefables designios de Dios, en la salvacion del mundo. Aunque esta conducta haya merecido el sarcasmo de historiadores estrangeros, nada nos honra tanto, y la verdadera opinion sensata, nos ha de hacer justicia algun dia. Lo único que censuramos en la conducta de nuestros colonizadores, es el no haber sabido inspirar la administracion de los intereses temporales, en los principios de la moralidad verdadera, para que la explotacion de las inmensas riquezas con que les brindó la Providencia, no se hubiesen malbarotado tan lastimosamente, como por desgracia ha sucedido.

Es interesante aunque bochornoso para nosotros, lo que refiere M. Sonnerat (2) en su viaje á las islas Filipinas, donde dice, más de un siglo atrás, que los españoles construyeron la ciudad de Manila en la isla de Luzon, que por su posicion ventajosa para el comercio de la China y de la mayor parte

(1) Loc. cit.
 (2) Voyage aux Indes orientales et á la Chine L. IV. Edicion magníficamente ilustrada, existente en la Biblioteca del Palacio episcopal.

de la India, debía ser la *mas rica del mundo*, pero que no han sabido aprovecharse ni de su envidiable posición topográfica, ni de la asombrosa fecundidad del terreno. Les echa en cara que parece no quieren establecer colonias, sino propagar la religión católica, más esto lejos de ser un desdoro para España, es su timbre más honroso.

Diabólica es la tarea de los que sostienen que el catolicismo es obstáculo para la próspera colonización, pues la historia los desmiente, y si bien se considera, al momento se comprende que no procede el mal de las severas máximas de la religión del Crucificado, sino de su más completo abandono, y de haber agostado en flor sus energías, cuando empezaba á hacer sentir en aquellos países su saludable influencia. El catolicismo es la verdadera fuerza de Dios, y si se hubiese practicado su moral, es seguro que no se hubiera perdido el prestigio que se necesita para dominar en un país cualquiera, y no hubiera sido echado tan ignominiosamente el español del paraíso de Cuba y Filipinas, como Adán y Eva lo fueron del Eden después de haber pecado. Las causas de esta desgracia son de todos conocidas, y principalmente se condensan en el odio satánico de las sectas enemigas del catolicismo, envidiosas de la prosperidad que este proporciona á los pueblos, con su moral y su doctrina.

IV.

Huesos aridos, oid las palabras del Señor, nos dice nuestro simpático Profeta. Ciertamente, para nuestro bien descienden del alto cielo estas consoladoras palabras: oigámoslas. Primero se nos asegura por el mismo Dios, que es verdad eterna, que infundirá en nosotros el espíritu, y como consecuencia de esto, que viviremos. Sapientísimas son estas declaraciones, porque descubren la necesidad mayor que nos aflige: no tenemos espíritu, como la estatua de la fábula, es decir espíritu de Dios, espíritu Santo, porque solo el espíritu mundano nos inspira, y no permita el Señor que sea el mismo demonio, según los fueros que va tomando, quien influya en nuestras cosas.

Acaso parezcan inverosímiles nuestras apreciaciones, más quedan por desgracia muy justificadas, con abundantes testimonios que todos conocemos. Horroriza la *crónica negra* de la prensa, y la última «Memoria», publicada por la Fiscalía del Tribunal Supremo, *con datos oficiales*, es un alegato de crímenes que dejan tamañas las enormidades de Pentapolis. Tenemos á la vista un ejemplar que enciende la sangre, y es capaz de sonrojar al más despreocupado, no siendo los menores escándalos, los perpetrados en esta provincia, sobre lo que llamamos la atención de las dignísimas Autoridades, y personas influyentes, porque en su mano es-

tá evitar semejantes atrocidades. ¿Qué dirán de nuestras libertades, las futuras generaciones?

No conocemos el espíritu de Dios, que es el reflejo del mismo Ser divino, que habita en nosotros, ese espíritu que S. Pablo mostraba á los Romanos diciéndoles: si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto, esto es, sujeto á las enfermedades y á la muerte que son la consecuencia del pecado, mas el espíritu vive por la justicia, esto es, la caridad que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones y en donde habita, y en esta caridad consiste la verdadera justicia. Por tanto, hermanos, somos deudores no á la carne, para que vivamos según la carne, porque si viviérais según la carne moriríais: más si por el espíritu hicierais morir los hechos de la carne, viviréis. (1)

¿No es esta una hermosísima doctrina? ¿No vemos aquí los beneficios que nos trae la posesión del espíritu de Dios? ¿No podría esto aplicarse á cada uno de nosotros en particular y á la sociedad en general? Si por cierto, y nada malo resultaría de que las sociedades inspirasen sus leyes y sus costumbres en los principios de la eterna sabiduría. Podríamos cultivar las ciencias con mas ventaja, por las nuevas luces que brillan mirándolas á la luz del cielo; podríamos practicar las artes con mas perfección, porque serían mas puros los ideales, podríamos vivir con mas comodidad, porque esta no consiste en suprimir las molestias inevitables, sino en sacarlo de ellas partido para perfeccionarnos.

Si fuéramos buenos hijos de Dios, todas nuestras cosas recibirían la divina influencia, seríamos aquel *hijo sabio que guarda la ley* (2) y se conocería en todo, no solo cuando se tratase de curar nuestras enfermedades morales, sino de proveernos de todas las cosas necesarias para la vida. Esto significa la frase familiar del libro santo, cuando dice: *pondré sobre vosotros nervios y haré que crezcan carnes sobre vosotros, y las cubriré de piel*. En los nervios se contiene la trabazón de los miembros y su movimiento, pues á la manera que un arrogante ginete guía al brioso corcel tocando suavemente el freno, así vendría sobre el individuo y la sociedad, el orden dirigido por la caridad, derramando torrentes de paz por todas partes. En la carne se figura la materia que reviste el edificio donde está cerrada el alma, y en la piel, los estucos que adornan las paredes de la casa, pero así como esta no se distingue de otra simple vivienda si no mora en ella el dueño, así tampoco el cuerpo social es más que un autómatas, si no está informado por el espíritu de verdad y santidad que viene de Dios.

(1) Rom. VIII. II.

(2) Prov. XX VIII 7

V.

Reconozcámonos pues, recibamos el espíritu que es vida, y viviremos y sabremos que Dios es el Señor. Es notable el empeño que muestra nuestro supremo Hacedor, en que nos penetremos bien de su magestad y señorío. Esto no es una cosa ficticia, sino que tiene provechosísima consecuencia, como se ve en la continuación de la profecía. *Y profeticé como me lo había mandado: y mientras yo profetizaba, oyose un ruido, y he aquí una conmoción grande, y unieronse huesos á huesos, cada uno por su propia conjuntura:* «metáfora que presenta una grandiosa idea de la Omnipotencia divina, la cual hará que los huesos y aun el polvo de los cuerpos humanos, venga reuniéndose de unas partes á otras donde se halle esparcido, y forme un perfecto y robusto cuerpo.»

Y miré y observé que iban saliendo sobre ellos nervios y carnes y que por encima se cubrían de piel, mas no tenían espíritu ó vida. Y díjome el Señor: Profetiza al espíritu: profetiza oh hijo de hombre y dirás al espíritu: esto dice el Señor Dios: Ven tu, oh espíritu de las cuatro partes del mundo, y sopla sobre estos muertos y resuciten. Esto es «ven ó alma de cada uno de los muertos» vuelva cada una á su cuerpo, de todas las cuatro partes del mundo, en donde quedaron los cuerpos. Habla aquí del alma, como si fuera un viento, no porque lo sea, sino porque nuestra vida depende de la respiración. En estas palabras como dice Tertuliano, se manifestaba la importante verdad de la futura resurrección general de todos los muertos.

Profeticé pues, continua Ezequiel como me lo había mandado, y entró el espíritu en los muertos y resucitaron, y se puso en pie una muchedumbre grandísima de hombres. Y díjome el Señor: Hijo de hombre, todos esos huesos representan la familia de Israel: ellos (los Hebreos) dicen, secáronse nuestros huesos y pereció nuestra esperanza, y nosotros somos ya ramas cortadas.

¡Oh España! hermoso sarmiento maliciosamente cortado de la vid de Egipto, nación católica, empujada por mal aconsejados estadistas al abismo de la impiedad, hija predilecta de la Iglesia y defensora de sus intereses, ¿quien así te ha desgajado del árbol de la vida? ¿quien ha manchado tu regio manto, arrastrando tus grandezas por el fango de las revoluciones? Con cuanta mas razón que los Hebreos, puedes tú decir que ha perecido tu esperanza, la esperanza que habías puesto en tus hijos, esos hombres que han olvidado el cariño de su Madre, para entregarse á las finjidas caricias de interesados padastros, como son las naciones europeas, cuya mentida cultura y envenenado progreso te hicieron imitar, y ahora te miran con desprecio, arrojándote cual rama seca á la hoguera de odios injustificados!

¿Que será de nosotros, si Dios no viene en nuestra ayuda? *Por tanto profetiza tu y les dirás: esto dice el Señor Dios: mirad, yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré fuera de ellas esto es, «os sacaré del cautiverio, abriré vuestras cárceles en que estais aprisionados, y os haré volver á la Judea», como si nos dijera á nosotros; yo destrozaré los viles grilletes que la masonería os ha puesto, ahogando la libertad de hijos de Dios y desbordando las pasiones, y haré que volvais á ser el pueblo católico, oh pueblo mio, y os conduciré desde vuestro cautiverio á la tierra de Israel.*

¿Y para que nos conducirá el Señor á esta tierra? El mismo nos lo dice en la continuación de este sagrado texto; *Y conoceréis que yo soy el Señor, cuando yo habré abierto vuestras sepulturas, oh pueblo mio, y os habré sacado de ellas, y habré infundido en vosotros mi espíritu, y tendreis vida, y os de el que reposeis en vuestra tierra, y conoceréis que yo el Señor hablé y lo puse por obra, dice el Señor Dios.*

Magníficas promesas! Deber nuestro es, no poner obstáculo á su cumplimiento.

VI.

Ya veis V. H. y A. H., nuestra situación, y los remedios que nos impone. Deseamos que no caigan nuestras afectuosas reflexiones en un campo estéril, y se pierdan como la simiente que cae fuera del terreno preparado, sino que todos lleveis á la práctica, la demostración del convencimiento íntimo con que han penetrado en vuestros corazones. Estamos mal, pero si nos contentamos con un platonismo romántico, estaremos peor.

Las dignísimas Autoridades, son las que en primer término deben contribuir á la resurrección social de nuestra amada Patria. El Clero y los Religiosos, deben promoverla con la impetración de las gracias celestiales, renovando el espíritu que les ha dado la Iglesia al conferirles la potestad espiritual, con la gran misión de edificar al mundo y salvar las almas. Los fieles todos, siquiera por el instinto de conservación, deben apartarse de lo malo y seguir lo bueno. Necesarias son las leyes y los castigos, pero es mejor que nadie de lugar á que se le corrija con aplicación de penas.

Los Padres de familia, cuando en el próximo día de difuntos vayan acompañados de sus hijos al Campo Santo, eviten que este acto tan serio, se convierta en un paseo de curiosidad. Procuren que no falten sufragios, las personas pudientes tienen sagrados deberes que cumplir, con los que les han puesto por la dejación de sus bienes, en situación de vivir desahogadamente. Apliquen todas las indulgencias que puedan por los difuntos, y rueguen por las almas mas abandonadas, por las que tienen mas necesidad, y por

aquellos que tal vez esten en el purgatorio, por haberles dado lugar á que cometiesen faltas, con sus mal entendidas condescendencias. Mejor es esto que no adornos inútiles, con resabios de paganismo.

Sobre todo en estos momentos en que el luto nacional cubre las banderas españolas, debemos acompañar en sus lágrimas á tantas madres que se trasladan en espíritu á las desiertas fosas de los bosques y playas de Cuba y Filipinas, donde han sido sacrificados con gloria, innumerables hijos suyos, héroes de este gran pueblo digno de mejor suerte. Y no olvidemos tampoco, á las que están aquí llorando al infeliz repatriado que ha espirado en sus brazos, viendo desvanecidas sus mas dulces esperanzas. Todas merecen nuestra compasion, y seríamos crueles verdugos, si nos limitásemos á lamentar con quejidos que se lleva el viento, el desastre nacional que ha hundido en la sepultura tanta preciosa vida, con tan imponderables riquezas. Hagámoslo así, socorriendo tambien caritativamente á los pobres soldados, que siendo los que menos culpa tienen de nuestros imperdonables desaciertos, son los que han llevado la peor y más amarga parte.

Y ahora, como Ezequiel ante la vision terrible, detengámonos al pié de la Cruz que se levanta en el cementerio rodeada de fúnebres cipreses. La ondulacion de estos tristes centinelas de los sepulcros, indica la veleidad de la presente vida, su elevacion constante la aspiracion á la gloria, su no agostado verdor, la húmilde esperanza, y el símbolo de la redencion con sus brazos abiertos, la estabilidad de la eterna. Postrémonos en las gradas de este lábaro santo, elevemos nuestra plegaria por los muertos que nos precedieron, y pidamos al Señor, que todos, cuando vayamos á hacerles compañía en la llamada tierra del olvido, merezcamos una lágrima compasiva y una oracion fervorosa. La Iglesia ha sido pródiga en alicientes espirituales, para remediar las penas de las almas del purgatorio.

Además de la Misa oída con devocion, y de la digna recepcion de los SS. Sacramentos, está la devocion del Rosario tan recomendada por nuestro SSmo. Padre Leon XIII, los escapularios del Carmen y el llamado azul de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria, con el de su Corazon Purísimo. Igualmente son muy útiles las jaculatorias indulgenciadas «*Jesús mio misericordia*» (100 dias); *Jesús José y Maria, os doy el corazon y el alma mia*, (100 dias); *Dulce Corazon de Maria sed mi salvacion*, (300 dias y una plenaria al mes rezándola cada dia); *Oh Maria concebida sin pecado, rogad por nos que acudimos á Vos*, (100 dias); *Jesús dulce y húmilde de corazon, haced mi corazon semejante al vuestro*, (300 dias).

La devocion conocida con el nombre de *acto heróico de caridad*, á favor de las benditas Almas del purgatorio, por la que se ceden espiritualmente las obras satisfactorias en su-

fragio de las Almas, es muy recomendable y aunque parece onerosa y difícil, no lo es, sino muy meritoria, muy fácil, y muy gananciosa. Los sacerdotes que la hacen adquieren por ello la facultad de altar privilegiado, donde quiera que celebren misa, y los fieles pueden ganar indulgencia plenaria oyendo misa y comulgando, y sacar un Alma del purgatorio todos los lunes del año, por cada una de las misas que oyeren. Lo más notable es que los que practiquen este *acto heróico*, pueden aplicar por las benditas Almas, todas las indulgencias que ganen, *aunque no lo exprese la condicion*, segun decreto de Pio IX, de 30 de Septiembre de 1852.

Finalmente el mes de Noviembre, está consagrado con sus *Novenas de almas*, y aun *todos los dias*, por la piedad, á especiales sufragios por los fieles difuntos. La caída de la hoja, la dulce melancolia del otoño, y hasta las veladas más prolongadas, convidan á la oracion, y á evocar los recuerdos tristes de familia que tanto provecho hacen al corazon. No olvidemos á nuestros antepasados, tal vez están esperando nuestras plegarias para ir al cielo, y si á alguno parece molesto, si se sufre decirlo, tanto rezar, tiene en la *Bula de difuntos*, un medio más breve de aplicar á las Almas *el mérito de la limosna y una indulgencia plenaria*.

Sean estas devociones feliz presagio de la resurreccion eterna en la gracia, que á todos de corazon deseamos, bendiciéndoos afectuosamente en nombre del Padre, ✠ y del Hijo, ✠ y del Espiritu ✠ Santo. Amen.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Lérida en la festividad del SSmo. Rosario, 2 de Octubre de 1898.

JOSÉ, Obispo de Lérida.



Por mandato de S. E. I. el Obispo mi Sr.

Licdo. Crescencio Esforzado,

Pbro. Vice-Scrio.